

Intervención de la Vicepresidenta Primera, Ministra de la Presidencia y Portavoz del Gobierno en la Inauguración del Encuentro de Mujeres Parlamentarias

Madrid, lunes, 15 de junio de 2009

Estimada Inés, Rebeca, Soraya y Elena:

Queridas amigas y amigos:

Permitidme que comience recordando que hoy mismo, 15 de junio, se cumplen 32 años de las primeras elecciones democráticas en España.

Aquel día, muchas de las que estamos aquí no lo olvidaremos nunca, fue una gran fiesta, una gran celebración, una gran alegría colectiva que nos abrió al mundo.

Y es que sabíamos que aquellas urnas no acogían solamente votos.

Sabíamos que lo que depositábamos en aquellas urnas eran también millones de ilusiones, millones de esperanzas, un enorme anhelo colectivo de disfrutar, por fin, de una convivencia en libertad y en igualdad.

Han pasado 32 años desde entonces y las expectativas, pese a los problemas que toda sociedad afronta en un momento u otro, se han ido cumpliendo.

Hoy España, en democracia, es un país moderno, es un país plenamente integrado en la Unión Europea, un país en el que se ha democratizado la vida cotidiana, un país donde hombres y mujeres se esfuerzan, cada vez con más éxito, en caminar en pie de igualdad, en igualdad real, en igualdad de derechos y también, por supuesto, en igualdad de deberes.

En fechas no muy distintas a las nuestras, la democracia también llegó masivamente a América Latina. Es lo que los académicos llamaron "la tercera oleada de la democratización", una gran ola de esperanza que sigue irrigando la vida económica, política, social y cultural de toda Iberoamérica.

Una gran ola que también trajo consigo algo inusual hasta no hace mucho tiempo: el acceso de las mujeres a la política, ese espacio público de poder antes reservado en exclusividad a los hombres. Un espacio donde la cultura masculina no consideraba la perspectiva de género a la hora de tomar decisiones.

Por eso, antes se decía que los hombres estaban en la política y que nosotras pasábamos por ella. Pues bien, hoy las mujeres ni pasamos por la política, ni estamos simplemente en la política: hoy las mujeres somos parte de la política, somos un elemento central de ella, y seguimos reivindicando el espacio público que siempre debimos haber ocupado.

Y digo reivindicando porque, no nos equivoquemos, persiste un problema que afecta directamente a la calidad de nuestras democracias. Y es que, a pesar de la igualdad formal, la presencia de mujeres en cargos electos sigue distando mucho de la representación real que nos corresponde.

En Iberoamérica, a pesar de que son cuatro las mujeres que han llegado a la presidencia de sus respectivos países; sólo una de cada cuatro carteras

ministeriales son ocupadas por mujeres, y sólo el 21% de los cargos electos son mujeres.

No es sólo cosa nuestra. A nivel global, de los 42.000 representantes parlamentarios repartidos por los cinco continentes, sólo el 15% son mujeres.

Aunque las diferencias entre países son grandes, la conclusión es clara: el reducido número de mujeres en cargos de representación institucional afecta a la propia legitimidad del sistema democrático, en la medida que lastra uno de sus puntos neurálgicos: la igualdad.

Seguir defendiendo la democracia paritaria, es por tanto, una cuestión, no sólo de mujeres, sino de ciudadanía y de equidad. Y así lo están entendiendo la mayor parte de los gobiernos iberoamericanos. Trece países de la región ya han adoptado leyes de cuotas para la participación política de las mujeres en elecciones legislativas.

Y les digo algo: de no haberlo hecho, hubiera habido que esperar hasta el año 2052 para que las mujeres ocuparan el 40% de los escaños parlamentarios.

La eficacia de las leyes que fomentan la paridad de género está más que contrastada en los países que las han puesto en marcha, y debemos, por tanto, seguir caminando en esa dirección.

Debemos seguir aprobando normas en nuestros parlamentos para legar a las nuevas generaciones sociedades donde las injusticias del pasado, queden ahí en el pasado para que no puedan volver a formar parte de ningún tiempo futuro.

Aprobar acciones positivas que busquen la paridad es una buena forma de seguir amplificando nuestra voz, de seguir ampliando nuestros márgenes de maniobra dentro y fuera de la esfera pública. La experiencia nos dice que es la más eficaz, la mejor.

Porque no podemos esperar hasta el año 2052. La igualdad tiene que avanzar tan aprisa como lo hace nuestro mundo globalizado, porque en la construcción de ese mundo las mujeres tienen que poder estar y tienen que poder contar.

Por eso estamos aquí, en este Encuentro de Mujeres Parlamentarias. Porque creemos en el poder de la política como gran herramienta de transformación social. Porque creemos en la política como el canal privilegiado para movilizar energías sociales y poner en marcha proyectos e ilusiones.

El Gobierno de España así lo entiende. A la vista están los primeros gobiernos plenamente paritarios en la historia de nuestro país. O las Leyes de Igualdad y contra la Violencia de Género. O, por ejemplo, la reciente creación del Fondo Multidonante Global de Igualdad de Género en el seno de Naciones Unidas.

Un Fondo del que los países de América Latina y del Caribe podrán beneficiarse accediendo a 50 millones de euros que ponemos a su disposición, en exclusividad, para propiciar la igualdad de género en cumplimiento con los objetivos de Desarrollo del Milenio y de la Plataforma de Acción de Beijing, antes de 2015.

Queridas amigas,

Desde el lugar que ocupamos en nuestros parlamentos, tenemos muchísimo que aportar, tenemos mucho que hacer y que decir. Y ahora más que nunca, en estos momentos de crisis económica global, cuando las visiones y las miradas sobre la realidad deben cambiar radicalmente. Las mujeres tenemos mucho que aportar y que decir.

La razón está muy clara. La desigualdad ha significado pobreza, sobre todo, para las mujeres. Y las soluciones a la pobreza pasan también sobre todo, por las mujeres.

Es una cuestión de justicia, de derechos humanos, de solidaridad, pero, más allá de todo eso, es una cuestión de eficacia. Y eso lo tenemos que hacer valer.

Sé que todas estamos de acuerdo en que en un mundo globalizado la agenda de las mujeres determinará las realidades nacionales y contribuirá decididamente a establecer un nuevo marco de relaciones entre países, un nuevo modelo de enfocar los problemas y de resolverlos.

Hoy las soluciones pasan por que estemos presentes en ellas. Hoy las soluciones pasan por hacer lo que llevamos tiempo exigiendo: asociar crecimiento económico a bienestar y a sostenibilidad. Hoy las soluciones pasan por impulsar una economía más integradora, más ecuánime, más basada en la solidaridad y menos en el egoísmo.

Una economía que nos haga más iguales y no más diferentes. Una economía que ponga fin a lo que hemos conocido hasta ahora y que rectifique los abismos que todavía separan a hombres de mujeres.

Y es que no puede ser que las mujeres sigamos constituyendo el 70% de los 1.300 millones de pobres que la Organización Internacional del Trabajo contabiliza en todo el mundo.

No puede ser que el analfabetismo se cebe en las mujeres en los países en vías de desarrollo.

No puede ser que tan sólo el 54% de las mujeres en edad de trabajar puedan hacerlo, frente al 80% de los hombres.

Ni puede ser que nuestros salarios sean entre un 30 y 50% inferiores a los de ellos.

No puede ser por todas esas razones de enorme peso que son la justicia, la igualdad y los derechos humanos. Pero no puede ser, sobre todo, porque las mujeres no sólo somos la mitad de la población, del talento y de la energía del mundo, sino que, además, producimos y comercializamos entre el 50 y el 80% de los alimentos a nivel mundial; sacamos adelante el 70% de las pequeñas empresas y aportamos un tercio de la producción económica mundial a través de labores no remuneradas.

Las razones más pragmáticas que uno pueda encontrar nos están diciendo a gritos que hay que apoyar a las mujeres.

En nuestras manos está girar el timón. Y lo vamos a hacer.

Tenemos que propiciar un modelo económico en el que las mujeres no tengamos que canjear nuestra entrada al mundo del trabajo por un cheque sin fondos.

Y en este punto quiero ser muy clara: el acceso de las mujeres al trabajo remunerado, en igualdad de condiciones, no se debe sustentar en la expropiación de nuestro tiempo.

Tener hijos ha de ser considerado un bien de todos, y su cuidado, así como la atención a nuestros mayores y a las personas dependientes, son tareas que deben ser compartidas, por igual, entre hombres y mujeres.

Es una exigencia que debemos hacer valer, es una exigencia que deben recoger las leyes, porque es de Ley que así sea. Y, esa es precisamente una de las razones por la que nació la Ley de dependencia.

Desde luego para que las personas que lo necesitan estén más y mejor atendidas, pero también para hacer que muchas de las mujeres que mayoritariamente se ocupan de atenderlas vean remunerado y reconocido su derecho.

El pasado viernes el gobierno anunció la subida de carburantes y tabaco y lo hizo para, entre otras cuestiones, destinar 400 millones de euros más a la atención a la dependencia.

Y es que para un gobierno progresista, como es el que represento, es de justicia, que en tiempos de crisis reforcemos la protección social y apoyemos a aquellos que necesitan la solidaridad de todos.

Es de justicia porque, al fin y a la postre, los beneficiados somos todos, es la sociedad en su conjunto. Lo más fácil es atrincherarse en la demagogia fácil y el olvido del interés general como siempre hace la derecha; lo más fácil es intentar desacreditar al Gobierno y sembrar la desconfianza.

Pero yo creo que la gente termina por distinguir a los que de verdad defienden el interés general de aquellos cuyo único interés es su propio interés, no el de la mayoría, sino el de aquellos a los que representan, que no son otros que los que nos han traído hasta aquí, hasta esta crisis mundial sin precedentes.

Una crisis que estamos afrontando y resolviendo. Y lo estamos haciendo, con menos egoísmo y más amparo, con menos sectarismo y más ciudadanía. Esa es la ecuación que demanda el tiempo que vivimos y esa es la ecuación que estamos aplicando.

Queridas amigas,

Todas estas cuestiones de las que hablamos están muy ligadas. Estar en la política y poder decidir significará, empieza ya a significar ser visibles y reconocidas en nuestra aportación a la economía.

Y para que todo esto funcione, para que este gran puzzle de tantas y tantas piezas pueda encajar, tenemos que evitar por todos los medios que se debilite la agenda de la igualdad social.

Es un riesgo que existe, es un riesgo que siempre está presente. Y es nuestra obligación velar para que eso no ocurra. Por eso, hemos de continuar defendiendo políticas que erradiquen cualquier grado de tolerancia hacia la desigualdad; que eduquen a nuestros niños y niñas en la igualdad; que eliminen los viejos esquemas tanto tiempo arraigados; que fortalezcan el reparto equitativo de tareas.

Y parte importante de esa tarea ha de ser garantizar que los derechos reproductivos y los derechos sexuales de las mujeres son aceptados, respetados y ampliados, que se levantan todos los frenos irracionales a la salud reproductiva y a la libertad de las mujeres para acceder y utilizar, por ejemplo, métodos seguros y eficientes de planificación familiar.

No es un camino fácil, pero tenemos experiencia en la dificultad, en la cooperación, en el trabajo en red. Aquí estamos, sin ir más lejos, para trabajar juntas por esos objetivos irrenunciables.

Y además tenemos algo que al final siempre termina por triunfar, y ese algo es la razón. La razón de la igualdad, la razón de la justicia. La razón de nuestros derechos. No puede haber herramienta más poderosa.

Hacer valer esa razón con pedagogía, procurando un debate sensato en el que las ideas fundamentadas se impongan a tópicos y prejuicios, ha de ser también una de nuestras principales tareas.

Y es que ningún valor, ningún cambio social se impone con la fuerza y la confrontación, sino desde la convicción, desde la argumentación, desde la persuasión.

Y esas son precisamente las mejores armas que podemos manejar nosotras, las mujeres parlamentarias. Por eso tenemos que estar siempre ahí. En la brecha.

No lo olvidéis nunca: vosotras, ejerciendo y mostrando el valor de la libertad política, contribuís a extender los valores de la igualdad en toda Iberoamérica.

Vosotras contribuís a ese gran cambio que tanto tiempo hemos demandado y que ahora es el momento de impulsar aún con más fuerza, tesón e ilusión.

Vosotras, desde el trabajo, desde el esfuerzo cotidiano para hacer realidad las esperanzas de las personas a las que representáis, mostráis que otro mundo es posible.

Vosotras, gracias a vuestro coraje, abríis muchos caminos y rompéis muchos techos de cristal que nos impiden progresar.

El camino es largo. Pero si ya conseguimos que esa "tercera oleada de la democratización" a la que me refería al principio de mi intervención ahogara prejuicios ancestrales, ahora debemos impulsar otra oleada, la gran ola de la verdadera ciudadanía de nuestras sociedades, la ola que equipare, a hombres y mujeres, en todos los ámbitos privados y públicos de nuestros países.

Aún tenemos muchas puertas que abrir y muchos puestos en los parlamentos por ocupar. Al menos la mitad, el cincuenta por ciento en todos los parlamentos del mundo.

Podéis contar con el Gobierno de España para lograr ese objetivo.

Os deseo un fructífero Encuentro.

Muchas gracias